

Sermón de la Bordadita

El culto a la Virgen María en la Iglesia

PREDICADO EN LA CAPILLA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, EL 9 DE OCTUBRE DE 1927.

Beatus venter qui te portavit
et ubera que suxisti.

Bienaventurado el vientre
que te llevó y los pechos que
te amamantaron.

(*Lucas, XI-27*).

No se escribieron los evangelios ni para un pueblo, ni para una época, ni para satisfacción de esta o de aquella escuela literaria. Son, antes bien, obras escritas para todos los gustos, para todos los tiempos, para todos los pueblos. Hay en ellos algo más que el libro del publicano Leví, llamado por Cristo a la gracia del apostolado; hay algo más que el relato brevísimo de Marcos, el discípulo de Pedro; hay algo más que la síntesis completa de san Lucas, socio fidelísimo de Pablo en sus viajes y peregrinaciones apostólicas; hay algo más que las sublimes visiones y los éxtasis del divino amor de Juan, el amado del Maestro. Hay en ellos, a más de todo esto, una sobrenatural manifestación que nos atrae, que nos subyuga, que nos arrastra. El hombre nunca logró hablar como en esos libros se nos habla; las enseñanzas que ellos contienen no son humanas, pues nunca escritor alguno logró hermanar así, de modo tan perfecto, la sencillez con la sublimidad, lo profundo del pensamiento con lo candoroso de la expresión, lo divino con lo humano. El ser que allí se siente y se palpa, es tal que, sin dejar de ser Dios, es hombre muy conocedor de las miserias y necesidades nuestras.

Las doctrinas que él enseñó sirven de estudio a los hombres más doctos, sin que logren del todo penetrar en los misterios que ellas contienen, y, sin embargo, presto y sin mayor dificultad, las aceptó una plebe ignara, y se hicieron predicadores de ella por todo el mundo unos cuantos pescadores del lago de Genezaret. No quiso él—según lo declaró simbólicamente—quebrar la caña ya cascada, ni apagar del todo la antorcha que aún humeaba, y no obstante esta declaración de mansedumbre y humildad, levantó la acerba persecución de los doctores del judaísmo. Predicó una doctrina austera y fue, sin embargo, férvidamente amado por todos cuantos a él se acercaron. Formaron parte de su séquito mujeres de la más diversa índole: Marta, la hacendosa, que sólo parecía gustar de la paz y quietud del hogar; la turbulenta samaritana, que llevaba dentro de sí misma toda la rebeldía y toda la altivez de su raza; Salomé, que ambicionaba para sus hijos los más encumbrados honores; la viuda de Naín, que sólo quería vivir para la dicha del hijo milagrosamente resucitado; la Magdalena, convertida en el banquete de Simón el fariseo; las hijas de Jerusalén, que hallaron al Señor en el camino del Calvario, y la desconocida mujer que en la misma vía dolorosa enjugó el rostro del Maestro. Todas ellas pregonan, cada una a su manera, la bondad y caridad de la doctrina de Cristo.

Mas, entre todas ellas se destaca una cuyo nombre no quisieron o no supieron recordar los evangelistas; hallólo Cristo en los días de la predicación, quizá en Cafarnaún, cuando más empeñado andaba él en desenmascarar la hipocresía y falsedad de los doctores del judaísmo. Enardecida ella por la bondad y misericordia de este nuevo Maestro, cuya divinidad proclamaba sin pensarlo, clamó y gritó con grito férvido de amor y de

voción: «Bienaventurados los pechos que te amamantaron y el vientre que te engendró».

Es este el elogio de los evangelios a María Santísima; él resume todo cuanto en honor de esta Señora podemos decir los cristianos que de entonces a esta parte venimos, en una u otra forma, repitiéndole a Cristo con la desconocida mujer de Cafarnaún: «Bienaventurados, Señor, los pechos que te amamantaron y el vientre que te engendró».

Porque es lo cierto que esta dignidad de ser madre de Dios es, no solamente, el principio y como el sostén de todas las demás gracias y carismas de que la Virgen María fue adornada, sino que además este misterio de la divina maternidad viene a aclarar y a explicar cumplidamente el culto cristiano a esta mujer incomparable. No vengo yo en este día a demostrar, fundado en las enseñanzas de las divinas Escrituras y de la tradición eclesiástica, la verdad de este dogma de la divina maternidad que los católicos profesamos. Vengo, más bien, a mostraros las consecuencias de esta verdad; consecuencias que particularmente se manifiestan por el fervor del pueblo cristiano en reverenciar con toda suerte de homenajes a esta Señora que es gloria, alegría y honra de la Iglesia.

Asómbranse muchos de este devoto fervor con que los católicos honramos a Nuestra Señora la Virgen María y aun llegan a increparnos y motejarnos de supersticiosos, sin acordarse de que la devoción es hija del afecto, y que ella, como el amor, no puede gobernarse por la sola razón que es siempre demasiado fría en sus investigaciones y pesquisas.

Si algo hay tan irreductible como la muerte es el amor. Un afecto sumiso del todo a las prescripciones de la dialéctica; un afecto que nunca se extralimite en

sus manifestaciones; un afecto que sólo se gobierne por la razón y que no obedezca a los espontáneos impulsos del corazón, no merece el nombre de tal, y nadie le tendrá y estimará como verdadero amor. Otro tanto acontece, señores, con la devoción, que es hija del afecto: ella no puede ser objeto de la crítica por cuanto la sobrepasa y excede como sobrepasa y excede el amor a la dialéctica.

Desde el momento en que el cristiano llega a penetrar en la idea de que María fue la madre de Cristo; de que ella tuvo en su seno y alimentó con sus pechos a este niño que parte y divide la historia de la humanidad en dos porciones diversas y aun por algunos aspectos contrarias; desde el instante en que él reconoce en Jesucristo al Hijo de Dios vivo y en María a la madre de este Hijo, ¿qué límites pueden ponerse a la devoción, que es consecuencia de la fe? Esa devoción y ese amor hacen parte principalísima de aquella locura de la cruz que desde los tiempos de san Pablo viene padeciendo, afortunadamente, gran parte de la humanidad; esa devoción y ese amor son el perfume y la quinta esencia de la fe cristiana; sin ellos el cristianismo sería una mera especulación propia de sabios y teólogos.

Y no se vaya a pensar que esta devoción y amor sean propios de ésta o de aquella edad, de ése o de aquel pueblo. Nó, amados cristianos, la devoción a Nuestra Señora se extiende a todo lo largo de siglos cristianos; ella enardeció el ánimo decaído y quebrantado de los primeros apóstoles que, cuando el Maestro murió, fueron a buscar en la madre consuelo para la orfandad, luz para las inteligencias vacilantes, amor para la voluntad decaecida. Ella dio valor a los mártires de la primitiva Iglesia cuando torturados por la persecución, buscaron en el refugio de las catacumbas, paz para las almas y valor para los cuerpos; ella calmó los temores de la edad media que

se hacen manifiestos en el eco gemebundo del *Dies Irae*; ella templó el ardor de las humanas pasiones que juntamente con las letras clásicas resurgieron del siglo XVI para acá; ella sostiene la fe en ocasiones, vacilante de los que a partir de la era moderna, han sentido que al impulso de las ciencias y de las nuevas filosofías, como que todo ha mudado de sér y de forma en torno suyo.

Este culto a la Virgen Madre de Dios comienza en los evangelios. Es el *Ave Gratia plena* con que en Nazaret la saluda el Arcángel de las anunciaciones; es la humilde plegaria del pastor betlemita que a la par que rinde culto al Hijo, lo tributa a la madre; es el oro, y el incienso, y la mirra de los reyes que a la ciudad de David llegan desde el remoto oriente; es el grito que enantes recordábamos de la mujer cafarnaíta; es el *Ecce Mater tua* con que el Señor del discípulo amado se despide; es el agruparse de los apóstoles en torno de la Madre, cuando el Hijo, que era Maestro de todos ellos, está en la tumba.

Y este culto a Nuestra Señora, nacido para los apóstoles, particularmente en la tumba de Jesús, va a buscar también refugio, como la religión incipiente, en aquellos sepulcros romanos que la piedad cristiana conoce con el nombre de catacumbas; allí, en mil retablos pintados por los mártires, se la conserva en actitud de una Virgen que ora, de una madre que da a conocer al Hijo, de una reina, que es reina de los mártires.

Cuando, por obra de la cruz que enseñoreó las águilas romanas en los ejércitos de Constantino, pudo la religión del Señor crucificado salir triunfante por todo lo ancho y lo largo del vasto y dilatado imperio de los Césares, salió con esta misma religión, triunfante también, el culto de María Santísima, y levantó basílicas y entonó cánticos, que aún perduran, y supo hallar en la elocuencia de los Padres el principio de una teología mariana indisolublemente unida a la teología del Verbo de Dios.

Atanasio, que por más de medio siglo luchó contra los arrianos, comenzó el elogio de la Madre de Cristo, que continuaron Basilio de Capadocia en sus pláticas a los primeros cenobitas; Gregorio de Niza, el fundador de la mística y cristiana poesía de los griegos; Gregorio de Nacianzo, el batallador contra los errores de aquel tiempo; Juan el Crisóstomo, cuya elocuencia aún perdura, y en medio de todos ellos y para superarlos a todos en este punto, Cirilo de Alejandría, apellidado con razón por la Iglesia el invicto defensor de la divina maternidad de María Santísima.

Y emularon a los griegos los Padres latinos. Aquí aparece Ambrosio de Milán, que en sus poesías y en sus elogios a la virginidad, vuelve siempre la mirada hacia la que es virgen de las vírgenes y madre de aquel Señor que allá en las alturas se hace seguir muy de cerca por los que nunca en esta vida se mancillaron en las luchas de la carne; aquí, llenándolo todo y difundiendo por doquiera luz, aparece Agustín, el convertido, que sabe ser docto en los libros de polémica y tiernamente místico en la humilde y pública confesión de sus pecados; aquí, para cerrar el ciclo de los Padres y primeros escritores eclesiásticos, surge en los yermos del Claraval, Bernardo, el más poético entre los Padres latinos, el trovador de la Virgen Madre a quien como estrella contempla desde el eremo, *micans meritis, illustrans exemplis*.

La edad media propicia fue como ninguna otra a este culto por la Virgen que levantó templos por doquiera, mientras los teólogos, en pos de Pedro Lombardo y sobre todo de Tomás de Aquino, iban construyendo, al lado de la del Verbo encarnado, esa maravillosa teología mariana, que es secuela natural de la del Hijo de Dios. Resumen de todas las aspiraciones de la edad media y también de toda la ciencia teológica de aquellos tiempos, es

el poema dantesco. El último canto de la Divina Comedia presenta el alma de aquella época medioeval en lo que a la devoción por la Virgen María se refiere. El Dante lleno de admiración escucha de labios angélicos el Ave María; esa oración que acá en la tierra balbucen labios infantiles y bocas ya extenuadas de moribundos; esa oración que fue del Arcángel y es también del pecador; esa oración que rezamos cuando la aurora ilumina nuestros días, con la cual templamos los ardores del sol meridiano y que infunde paz en las almas cuando al atardecer se oyen las campanas que en los villorrios nos llaman a oración.

La Iglesia, por su lado, emula en su liturgia la elocuencia de los Padres, las doctas enseñanzas de los teólogos, las tiernas plegarias de los poetas, y para ello esparce del uno al otro término del año oraciones en las diversas festividades que van trayendo a la memoria el recuerdo de los divinos misterios, el fervor de las distintas edades, el culto con que amorosamente se honra a Nuestra Señora en cada sitio de la tierra.

Porque es lo cierto, señores, que no hay lugar alguno en el mundo, donde el nombre cristiano sea conocido, en que no se venere a la Virgen Madre. Mirad, si no a Roma, centro de la cristiandad, a donde por fuerza han de encaminarse todos los que van en busca de la verdad revelada; allí se venera a Nuestra Señora desde la iglesia de Santa María Transtevere hasta el templo de Nuestra Señora de los Angeles, rústica capilla que congrega a los labriegos de las campiñas romanas; desde el Panteón de Agripa, consagrado a María Santísima por Urbano IV, hasta la iglesia de *Santamaria La Mayor*, la primera en el orden de los tiempos y la más venerada. Para reverenciarla con el culto especial de hiperdulía se congregan los hombres por doquiera; le rinden homenajes los que en Ancona evo-

can los misterios de la vida oculta del Señor y de su Madre en el Santuario de Loreto; los que, guiados por una modesta doncella, rememoran de continuo *in foraminibus petrae* a la Inmaculada Concepción cerca de las fuentes de Lourdes; los que en las tierras hispanas fueron a buscar valor en sus guerreras empresas en el Pilar de Zaragoza; los que le rinden el culto del amor en el santuario eslavo de Czenstochowa, cerca de Varsovia. Deste otro lado de los mares María es venerada por los que fundaron una nueva civilización en Guadalupe sobre las ruinas de la azteca; por los que en las regiones hasta donde extendía en tiempos legendarios el reino del antiguo Sugamusi la hemos amado; por los que en el Carchi aprendieron a guerrear en otros tiempos de continuo, y allá en las regiones australes la reverencian también los que a orillas del Río de la Plata ven el desarrollo de una nueva y portentosa civilización. Y es el caso que todos estos pueblos, de tan diversas razas y costumbres, ¡diseminados así por el orbe, repiten de continuo en sus plegarias a Cristo el grito aquel de la mujer cafarnaíta: ¡«Bienaventurados, Señor, los pechos que te amamantaron y el vientre que te engendró».

Ecos solemnes de estos perpetuos laudes que la Iglesia entona hace ya veinte siglos en la fiesta de este Colegio que anualmente se congrega en torno de este lienzo, bordado por una reina y destinado a perpetuar el espíritu del Instituto de fray Cristóbal, el amor tierno por la Madre de Dios que nuestras propias madres despertaron en nosotros allá en la infancia cuando ellas como mujeres y como madres clamaban y gritaban al Señor, diciendo: «Bienaventurados, Señor, los pechos que te amamantaron y el vientre que te engendró».

JOSE ALEJANDRO BERMÚDEZ

Rosario Histórico